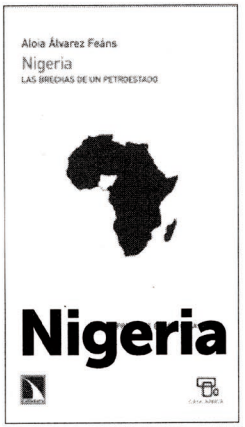

Parte de la introducción del libro *Nigeria. Las brechas de un petroestado*, de Aloia Álvarez Feáns (Los Libros de la Catarata; Madrid, 2010; 94 páginas; 14 euros). II Premio de Ensayo Casa África (España).

Aloia Álvarez Feáns

Hace algunos años que el petróleo africano fluye por documentos de entes públicos y privados de variado signo por todo el mundo. Empresas transnacionales, Gobiernos de los principales países consumidores y productores, *lobbies* del sector de la energía, *think-tanks*, agencias de inteligencia, instituciones financieras internacionales, agencias de desarrollo y ONG llevan algo más de una década advirtiendo, desde diversos enfoques, sobre la importancia que el oro negro revestiría para África en el futuro. Y el futuro ya ha llegado. Argelia, Libia, Guinea Ecuatorial, Santo Tomé y Príncipe, Gabón, Congo Brazaville, Angola y Nigeria son algunas de las economías africanas que han experimentado un crecimiento exponencial de sus exportaciones de crudo en ese periodo. Otros países, como Ghana, Chad, República Centroafricana, Uganda, Camerún y Sudán, se han visto también inducidos en los últimos años a la concienzuda búsqueda en sus territorios de este recurso, y/o de su "hermano" el gas natural.

Dejando de lado la zona del Magreb y centrándonos en África Subsahariana, el interés internacional alimentado por esta avidez se concentra, sobre todo, en la costa occidental del continente negro, en el golfo de Guinea, una de las áreas con mayores reservas hidrocarburíferas del mundo. Estados Unidos declaró esta zona, hace ya quince años, como una de sus áreas de interés vital. Algunos países europeos (especialmente Francia y Gran Bretaña, precursores de dicha tendencia, y en menor medida España, Italia y Portugal) y, más recientemente, China, India y Brasil son algunos de los principales consumidores que siguen la misma línea, y se han lanzado a la explotación del petróleo y del gas natural de la región. De ahí que podamos afirmar que el llamado triángulo petrolero de África Occidental, que supuso el 9,4% de las exportaciones mundiales de crudo en el año 2008, se encuentra en el centro de la estrategia de seguridad energética global. Pero ¿cuáles son las consecuencias de este hecho en el escenario regional?

La simple presencia y las actividades de las empresas transnacionales de los hidrocarburos plantean su propio desafío al carácter y la conducta de los Estados productores. Y ponen en riesgo potencial, además, la seguridad humana de las poblaciones situadas en los lugares de extracción; entendido este concepto desarrollado por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) como la «seguridad contra amenazas crónicas como el hambre, la enfermedad y la represión» y «contra alteraciones súbitas y dolorosas de la vida cotidiana, ya sea en el hogar, en el empleo o en la comunidad».

El interés que me ha movido para abordar este ensayo es, precisamente, tratar de desvelar las conexiones trasnacionales que hacen de la seguridad energética global un reto para la seguridad humana local allí donde estos recursos naturales manan, para, por último, acercarme desde una perspectiva histórica a los impactos y las respuestas sociales que se derivan de este escenario en un lugar geográfico concreto: el delta del río Níger. Dado que Nigeria, el gigante petrolero de África Subsahariana, es la punta de lanza de la estrategia de seguridad energética puesta en práctica en el golfo de Guinea, y teniendo en cuenta que su historia política se ha visto marcada de un modo determinante por su riqueza en el recurso energético por antonomasia, el papel del petróleo en la configuración del Estado poscolonial nigeriano, y los impactos derivados del mismo en su principal área productora, el delta del Níger, serán el objeto de análisis de esta obra.